

Fitzgerald: repetir el pasado

Edgar Esquivel

El abandono de sí que practicó con vehemencia el escritor Francis Scott Key Fitzgerald supone una gloriosa apología del fracaso que nutre el mito americano en que se convirtió.

Detalles o pasajes enteros de su tribulada vida —los padres, la universidad, los amores— e incluso la ambición de su literatura, fueron la opresiva circunstancia que ponderó el camino de la ilusión y la mentira como únicas alternativas para trascender las condicionantes de su entorno, no obstante los denodados esfuerzos por retratarse en la etapa última de sus lamentos. Batalla épica, la verdad y la mentira, de la que no es, por supuesto, el único combatiente cuyo ánimo por salir ileso termina por derrotarlo y destruirlo casi todo.

“Siempre que sientas deseos de criticar a alguien, me dijo, recuerda que no a todo el mundo se le han dado tantas facilidades como a ti”. Son estas dos líneas que abren la novela *El gran Gatsby* una dura lección que un escritor como Fitzgerald temía, pero que sin embargo asimiló a punta de golpes de vida incurables. No tuvo destreza ni corazón para que los prejuicios, la ansiedad y el festejo interminable de la era del jazz ganaran la partida a sus convicciones ocultas, que conformaban la materia que nutría una verdad hostil. No es noticia que un hombre haga de su vida una mentira, sino la peculiaridad que destierra toda posibilidad de hacer de la negación de la verdad una forma de vida y sobre todo aceptarlo, teniendo como último acto de venganza el desprecio propio y la improvisación de una tragedia personal que predicaba, aun en el arrepentimiento de la palabra escrita (*El Crack Up*), que el pasado se puede repetir.

Emil Cioran señala al respecto que puede ser una reivindicación por lo opuesto: pa-

ra Fitzgerald era no sólo insoportable, sino espiritualmente imposible, lidiar con la mentira porque la detestaba: “no tenía por tanto acceso alguno a la religión”. Quizás el día que dejó de mentirse (porque Zelda, su mujer, desde su anunciada locura había intrigado en contra de los testimonios que daban cuenta de la vida gozosa compartida) el atractivo del mundo vino a menos vertiginosamente. La burla de la trascendencia le era ajena, mas no así la ausencia u obtención de aquella materialidad que en todos los hombres termina por socavar y alimentar las profundidades del alma: el éxito y la riqueza como las categorías simbólicas de su época, donde los que reniegan o buscan dichas promesas son los extremos de una misma farsa.

Baltasar Gracián admitió que el saber más práctico consiste en disimular. El disimulo



F. Scott Fitzgerald

no deja de ser la discreta antesala de una verdad. Mientras que los alegatos de Jonathan Swift no precisan ningún arte para decir la verdad en el terreno de la ficción: “La que-rencia del alma por la malicia es un efecto del amor propio, o del placer que nos produce encontrar hombres más ruines, cobardes, despreciables y desgraciados que nosotros mismos. La pasión que nos arrastra hacia lo maravilloso procede, por su parte, de la inactividad del alma o de su incapacidad para ser conmovida por las cosas ordinarias y vulgares y disfrutar con ellas”. Biógrafo exhaustivo de Fitzgerald, Scott Donaldson deduce que el escritor, de natural inseguro y vida corta (44 años), se vio orientado a complacer a otras personas: no encajaba en ninguna parte y nunca poseyó un hogar permanente. La deriva fue el sino de su realidad, y de la construcción fallida de la identidad idealizada desde la niñez (“convencerse de que era hijo de un rey que gobernaba el mundo entero”) sólo algunos cimientos de gran calado —propios del canon occidental— quedaron intactos: Harold Bloom reitera que, salvo *El gran Gatsby* y algunos cuentos, el resto de su obra es un espléndido fracaso (*Suave es la noche*).

Y esta irredenta confesión de Fitzgerald no simplifica las cosas como si “sólo existiesen los perseguidos y los perseguidores, los ocupados y los fatigados”: “la mayoría de los escritores nos repetimos: es verdad. En nuestra vida tenemos dos o tres experiencias decisivas e impresionantes, experiencias tan decisivas e impresionantes que en ese momento nos parece imposible que nadie se haya sentido jamás tan afectado, hundido, deslumbrado, asombrado, vencido, roto, salvado, iluminado, recompensado y humillado. Luego aprendemos el oficio, mejor o peor, y contamos dos o tres historias”. **U**